

Viaje apostólico de Juan Pablo II a Francia

Pierre Gouraud

POR tercera vez, Juan Pablo II ha venido a Francia. Después de París, Lisieux en 1980 y Lourdes en 1983, el Papa ha visitado desde el sábado 4 al martes 7 de octubre, las ciudades de Lión, Taizé, Paray-le-Monial, Dardilly, Ars y Annecy. Estos nombres indican claramente la temática y el mensaje que dejó en esta tierra.

En el anfiteatro romano de Lión, donde en el año 177, durante la persecución de Marco Aurelio, murieron los primeros mártires cristianos de la Galia, el Papa dio el tono que sostendría todo su viaje. El vio en este encuentro "la ocasión de meditar sobre esta herencia común y rezar juntos para que seamos dignos sucesores de estos grandes testigos de Cristo..."

En 1980 Juan Pablo II había lanzado una pregunta que los franceses no han olvidado: "Francia, hija primogénita de la Iglesia, ¿eres fiel a las promesas de tu bautismo?" En Lión, cinco años después, la ha recogido y amplificado: "Cristianos de Lión, de Vienne, de Francia: ¿Qué hacen ustedes de la herencia de sus gloriosos mártires?" En otro discurso dirá: "Iglesia que estás en Lión, tú has sido bautizada en la sangre de tus mártires, acuérdate de tu fervor primero con el obispo Pontino, el diácono Sancto, la esclava Blandina... quedamos estupefactos de su fuerza, de su esperanza, de su unión al Cristo viviente. Iglesia de Lión, acuérdate también

del obispo Ireneo quien, para toda la Iglesia, defendió la verdadera fe en el Verbo encarnado, verdadero Dios y verdadero hombre”.

Con motivo de la visita del Papa la Iglesia de Francia se ha hecho esta pregunta y ha sondeado su fe. Del 8 al 13 de septiembre la agencia Sofres había realizado para “Le Monde”, “France-Inter” y “La Vie” un sondeo de opinión sobre el catolicismo francés. El balance, recogido por la mayoría de la prensa, es positivo en cuanto a la imagen del Soberano Pontífice, pero no es optimista en cuanto al nivel de vivencia del cristianismo. Francia aparece en esta encuesta como un país compuesto en su mayoría por católicos; la ignorancia religiosa se mantiene idéntica a la de años pasados o, incluso, se ha agravado; el número de los seminaristas aumenta y las conversiones se hacen más numerosas.

Lión es rica en santos sacerdotes que han marcado su historia. El Papa recordó la figura del Padre Paul Couturier, apóstol de la unidad de los cristianos, que se consagró a esa tarea y dio un nuevo impulso a la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos. Después Juan Pablo II proclamó Beato al padre Antonio Chevrier, fundador del Instituto de los Sacerdotes del Prado, que se consagran a la evangelización de los pobres desde 1856.

El domingo 5 de Octubre el Papa llega a Taizé, a 86 km. de Lión, en la diócesis de Autun, donde vive la comunidad fundada en los años cuarenta por Fr. Roger Schultz. En su discurso, dirigido principalmente a los jóvenes, dijo: “Se pasa por Taizé como se pasa por una fuente. El viajero se detiene, se refresca y continúa su camino”.

En Paray-le-Monial centra su homilía en el Corazón de Cristo como fuente de la renovación del corazón y se dirige principalmente a la familia: “Cuando el hombre se dirige a Dios, encuentra de nuevo la pureza de corazón”.

Juan Pablo II, que ha celebrado el primero de noviembre de 1986 el 40º aniversario de su ordenación sacerdotal, en ocasión del segundo centenario del nacimiento de San Juan María Vianney, centra su peregrinación a Ars en el sacerdocio y en las vocaciones. El acercamiento de estos dos aniversarios permite entender mejor por qué Juan Pablo II ha hecho de la vida y del ejemplo del cura de Ars el tema privilegiado de la carta que dirigió este año a todos los sacerdotes el jueves santo, “día del nacimiento del sacerdocio”, como a él le gusta repetir.

“Desde la época en que me preparaba al sacerdocio en Cracovia leía la vida del cura de Ars... El ejemplo de este párroco me fortalecía en mi deseo de consagrarme totalmente a la salvación de las almas... Lo que él ha hecho, es lo que todo sacerdote, todo obispo del mundo sueña realizar”.

El Santo Padre en el tercer día de su viaje, casi totalmente dedicado a San Juan María Vianney, meditó sobre el sacerdocio con todos los seminaristas de Francia y del mundo, con los diáconos, sacerdotes y obispos de todo el mundo. Centró la primera meditación en el tema de la misión, según Jn. 20, 19-23. Cristo es quien escoge al sacerdote para una misión de salvación. Por eso el cura de Ars decía: “Sin el sacerdote la muerte y la pasión de Nuestro Señor no servirían de nada. Es el sacerdote quien continúa la obra de la redención en la Tierra” (Bernarde Nodet, *Jean Marie Vianney, Curé d'Ars, sa pensée, son coeur*, Le Puy 1958, p. 100). Para esta obra venida del Padre, el Espíritu Santo se sirve de nuestro espíritu, de nuestra boca, de nuestras manos. “Marcados en sus almas por un carácter especial que les configura a Cristo sacerdote, son cristianos entre los hombres, pero son ‘puestos aparte’, totalmente consagrados a la obra de la salvación”.

Participar así en la misión del único mediador, Jesucristo, supone una verdadera intimidad de oración con él. A continuación el Santo Padre contempla admirado el esplendor del sacerdocio ministerial en su triple misión: anunciador de la Buena Nueva, dispensador de los misterios de Dios y pastor.

La segunda meditación (1 Cor. 9, 29) toca el tema de la obra de la salvación, principalmente a través del Sacramento de la reconciliación. El cura de Ars decía: “Hace falta ganar almas al buen Dios”. El ministro está precisamente para hacer eso: “el sacerdocio es el amor del corazón de Cristo” (Nodet, p. 100). Recuerda la responsabilidad del sacerdote ante la fe: “Somos responsables del anuncio de la fe, de la totalidad de la fe y de sus exigencias. Debemos invitar a nuestros fieles a la conversión y a la santidad, decir la verdad, advertir, aconsejar y hacer desear los sacramentos que restablecen la gracia de Dios”. Convertir, curar, salvar: tres palabras claves de nuestra misión. Salvar del pecado no por la expresión severa del jansenismo, sino por la atracción a la virtud y la proclamación de la misericordia de Dios.

El Sacramento de Reconciliación, que el cura de Ars vivió con tanto celo, “era la parte esencial de su ministerio de salvación, a costa de un cansancio que no deja de impresionarnos”. El

Santo Padre invitó a los sacerdotes a consagrar su tiempo a este sacramento, insistió además sobre el lugar de la eucaristía y el sentido del domingo, para cuya restauración contribuyó grandemente el ejemplo del cura de Ars.

En la tercera meditación (2 Cor 4, 1-15) invita al sacerdote a abrirse a la acción divina, de la cual es el ministro: este tesoro lo llevamos en vasos de arcilla, para que el poder extraordinario sea de Dios y no nuestro. Por eso el ministerio requiere un tiempo de oración cada día, la escucha cotidiana de la palabra, la oración de la liturgia de las horas, la atención al modo de celebrar la eucaristía, la oración mariana, referirlo todo al Señor "para su gloria". "El ministerio sacerdotal, vivido en un estado de unión con Dios, es así el terreno cotidiano de vuestra santificación".

A los seminaristas les subrayó la necesidad de un trabajo intelectual que profundice su reflexión teológica, pastoral y espiritual. Insistió además en la necesidad de una formación permanente. Para remediar la soledad de los sacerdotes observaba: "Ciertamente muchos encontrarán en las asociaciones sacerdotales un gran apoyo fraternal y un estímulo para su reflexión y su oración. Yo sé que en Francia las asociaciones sacerdotales están adquiriendo nueva vitalidad y las animo". El Papa además hizo suya la exhortación de Pablo VI a los obispos franceses: "No separen nunca misión y contemplación, misión y culto, misión e Iglesia".

En Annecy propone a los obispos la figura de San Francisco de Sales como ejemplo: "En el umbral de los tiempos modernos, él representa para nosotros una figura ejemplar". "Si observamos cómo vivía Francisco de Sales en su diócesis, Annecy, o cómo actuaba en el curso de sus visitas, lo vemos en efecto enteramente disponible a todo su pueblo... Considerando que el sacerdote es uno con su obispo, Francisco de Sales otorgó un lugar privilegiado a sus relaciones con el clero... Preocupado por la fidelidad de los sacerdotes a sus compromisos, por su entrega a todos los cristianos, se muestra fraternal con ellos, cercano en la oración, pero también capaz de decir claramente lo que le parecía que debía ser corregido en la actuación".

De nuevo en Lión el Papa se dirige al cuerpo académico de la Universidad Católica y se fija sobre todo en el mensaje teológico de San Ireneo, genio teológico y pastoral. "En su obra, el carácter juvenil de una fe siempre viva se expresa en fórmulas brillantes, atrayendo al mismo tiempo nuestra admiración y nuestra

adhesión. También el teólogo de hoy puede encontrar en el esfuerzo ejemplar del santo inspiración para las tareas de nuestro tiempo. Pues Ireneo ha unido la fidelidad a la tradición con una gran creatividad: ha sido a la vez el teólogo de Dios y del hombre. De un Dios que pone su gloria en el hombre viviente, de un hombre cuya vida consiste en la visión de Dios”.

Durante este viaje el Papa no ha cesado de recordar a todos, especialmente a los sacerdotes y a los obispos, la herencia espiritual del pasado, a fin de que cada uno encuentre en ella nuevas energías e inspiración. El Papa al partir de Francia se siente optimista: “Un nuevo impulso espiritual y apostólico es posible para la Iglesia en Francia. Por donde los Santos pasan... Dios pasa con ellos. Ustedes tienen la suerte, queridos amigos, de contar en Francia con insignes lugares de santidad... Los santos nos muestran el camino de la verdadera renovación. Tengan un corazón de pobre, nos dice el Beato padre Chevrier. Ábranse a la misericordia y al perdón de Dios, insiste el Cura de Ars. Acérquense al Corazón de Cristo, nos sugiere Margarita María, para cambiar su corazón de piedra en un corazón de carne. Hagan la experiencia de la alegría que da el amor de Dios y de la dulzura del amor fraternal, nos recuerda San Francisco de Sales”.